



Jesús María Liévano.

Más conocido como Mustafá

Historia del último fakir en Bogotá*

Oscar Bustos B.
Docente
Universidad Central

Su nombre de pila es Jesús María Liévano y es oriundo de Ibagué, pero su pinta era, sin lugar a dudas, en aquel año de 1953, la que necesitaban los inmigrantes sirio-libaneses para reafirmar su presencia comercial en Bogotá. Se trata de El Gran Mustafá, pionero en el arte de sobrevivir.

Dueños de todo el comercio de las telas, la bisutería, los botones y el calzado, con que inundaron el centro de la ciudad después de El Bogotazo, los sirio-libaneses necesitaban a un buhonero que les hiciera la propaganda. Ellos, que ya habían hecho correrías por Colombia

vendiendo telas y vestidos, y habían probado que eran expertos en el arte de hablar y de convencer, ofreciendo sus mercancías a plazos —a pesar del acento extranjero que servía para identificarlos y que luego fue motivo de mofa— comprobaron además que los colombianos eran buena paga, siempre que se les diera crédito y se les cobrara religiosamente. Y los sirio-libaneses que se radicaron en Bogotá encontraron en el joven ibaguereño que había llegado a la capital a abrirse campo, al hombre que buscaban. Él no los defraudó. No era un político, ni era un docto economista. Era

*Crónica ganadora del Concurso Narrativas e Imágenes, Carrera de Comunicación Social-Periodismo, Universidad Central, 2005.

un andariego educado en los circos. Y El Gran Mustafá se convirtió en el símbolo popular de esa conquista y en la imagen de toda una época en la vida de la capital.

«Soy payaso pero me considero prácticamente como dramata, porque me gusta el arte dramático y le debo mucho a don Juan, el dueño del almacén, porque él me hizo artista. Un día, en diciembre de 1953, me dijo: Jesús María, ¿por qué no se compra un disfraz para que trabaje mejor? Usted tiene cara de árabe. Compre un vestido de esos y se va haciendo conocer del comercio».

Así narraba Jesús María al cronista Gonzalo Guillén, en *El Tiempo* del lunes 20 de noviembre de 1978. Don Juan era Juan Rex, y el almacén era Telandia, uno de los primeros emporios libaneses en la Calle 12 de Bogotá. Cuando él llegó con el traje, el mismo Juan Rex le dijo que era el disfraz de Mustafá. Así fue su nuevo bautizo.

A Jesús María le ayudaban el rostro oscuro y afilado de los indios tolimenses, la nariz ganchuda que reafirmó su remoquete, y el cabello crespo que se peinaba con Glostora, y, a falta de ella, con aceite o aguadepanela. El disfraz hacía el resto, pero su esencia estaba en el estilo.

¿Quién que haya vivido en Bogotá después del 9 de abril no se dejó atraer por el grito vigoroso de un hombre trajeado como un personaje de Las Mil y una Noches, y hasta terminó comprando un par de zapatos que Mustafá ofrecía parado en una butaca frente a las puertas de los almacenes de los turcos, que así era como los bogotanos llamaban a los sirio-libaneses?

Cuando en el país no había televisión, ni asesores de imagen para presentar un producto o abrir un almacén, El Gran Mustafá se prestó en cuerpo y alma para ayudar a los sirio-libaneses; fue, además, su imagen frente a la clientela, los acompañó en la inauguración de

sus tiendas de mercancías, habló bien de ellos - y como ellos- en las múltiples crónicas que le hicieron los periodistas capitalinos, aunque al final de cada jornada le pagaran con míseras monedas.

Al tiempo que los campesinos, procedentes de todos los rincones del país, llegaban a la capital para proteger a sus familias y convertirse en ciudadanos, fundando barrios en sus márgenes vírgenes, un hombre los esperaba frente a las puertas de los almacenes para darles la bienvenida, para ofrecerles calzado, sombreros, camisas, estilógrafos y cuchillas de afeitar. Ese hombre era Mustafá, que sin saberlo estaba creando el oficio deregonero en el laberinto de la metrópoli. Con él nació un oficio «pobre pero digno», según sus propias palabras. No era un trabajo estable, ni lo había sido nunca en Colombia; tal vez por eso el primer hombre-cartel que tuvo la ciudad, y que entregó su alma en el oficio, nunca tuvo el cuidado de firmar un contrato laboral.

A falta de artistas y de eventos que lograran interpretar el alma del pueblo y darle una identidad (las letras de los corridos de la Violencia estaban prohibidas y, en cambio, fueron difundidos masivamente los corridos mexicanos), eran los personajes típicos los que por su conducta lograban el reconocimiento de su comunidad, así fuera de un modo inconsciente. Mustafá lo hizo a su modo, y su imagen estafalaria logró quedarse en la memoria de muchos colombianos que arribaron a la capital en las décadas del cincuenta y el sesenta, como en su tiempo lo hicieran La Loca Margarita, El Bobo del Tranvía o El Conde de Cuchicute, y más tarde, Goyeneche, el Candidato Vitalicio, o El Artista Colombiano.

¿Qué es de la vida de este personaje que identificó a la Bogotá emprendedora posterior al 9 de Abril, y que con su rostro embadurnado de anilina, sus trajes de colores y sus gritos deregonero comercial fue protagonista de la conversión de una parroquia en metrópoli?

Mayo de 1998: Alí Babá en una casita, a pocas cuadras de Palacio

Durante setenta años, Mustafá ha tenido más de cien trabajos, todos temporales; ha recorrido éste y otros países como maletero, buhonero, artista de circo, pregonero, polizón, cantante, centinela, animador de espectáculos de lucha libre y vendedor de baratillo, entre otros; sin olvidar que también fue soldado raso y veterano de la Guerra de Corea.

Mustafá se santigua. Su barrio no aparece en las listas de los sitios peligrosos de la ciudad que a veces publican las autoridades, pero su nombre está en boca de los taxistas que por nada del mundo harían hasta allí una carrera.

Hombre hábil para aprender pero poco ilustrado, se sabe poseedor de una vena artística que nace de la imitación de los artistas famosos que conoció en su juventud; vena de la que vive agradecido, pues con ella, así sea a duras penas, ha podido alimentar a su familia. Pero él siempre ha soñado con más. Toda una vida dedicada a sus oficios le permitió adquirir, a precio de invasor en carísimas cuotas mensuales, una casita en el barrio Las Brisas, a escasas seis cuadras del Palacio de Nariño. El nombre del barrio en el que vive es certero, si se trata de definir el viento que desciende de la montaña y el frío que allí cala los huesos, pero inexacto porque esconde la realidad de una loma en la parte alta del barrio Las Cruces que fue invadida

por los marginados de todo a mediados de la década del sesenta.

La casa de Mustafá no es ni larga ni cuadrada, ni chica ni grande; en ella no se puede tirar un hilo a lo largo ni a lo ancho, porque en el patio se asoman las culatas de otras casas, como muelas. Cada muro que rodea su casa, construida con madera y otros materiales no muy sólidos, significó un disgusto con los vecinos, que querían invadir su terreno abusando del poder que les daba el ladrillo. La de Mustafá primero fue una enramada levantada en horcones de madera con tejas de zinc, bajo la

cual fueron apareciendo los cuartos, hasta adquirir esta forma de hoy: tres cuartos, ya levantados en bloque sin pañete, que dan a un patio con alberca y cuerdas de ropa, que él esquiava agachándose.

Va al cuarto más oscuro de la casa, y de un baúl saca los trajes arrugados con que se ha presentado a los bogotanos durante casi media centuria. Los tenía guardados porque ya casi no lo llaman para pregonar, pero, con una nueva llamada de algún comerciante que todavía confía en su pregón, este sábado de mayo de 1998 vuelve a buscarlos como un recién resucitado. Aquellos dos únicos trajes los compró en un almacén del centro, después de que en el teatro Faenza viera una película, "El

Tigre de Bengala", en la que el héroe se batía adornado con trajes hindúes de colores brillantes.

A los setenta años Mustafá se pone otra vez el disfraz, aclara la voz frente al espejo que ha ubicado en la pared que limita el pequeño patio de su casa; a través de las manchas de humedad busca su imagen y se acomoda los mechones rebeldes bajo el turbante de seda blanca, ya sin brillo, adornado con una pluma desteñida de difuso color. Por el espejo la mira llegar. Se da vuelta y besa en los labios a la madre de sus hijos, doña Ilia Zemanate, mujer bajita y corpulenta, de origen indígena caucano, de la que se enamoró cuando ella tenía veinte años, y él casi le duplicaba la edad y laboraba como animador de la Feria de Aves Exóticas en Cali en 1964. Ella lo mira largamente, como penetrándolo. Le está diciendo que es lo mejor que le ha ocurrido en su vida, aún lo despide agitando una mano desde la puerta y con una oración lo encomienda a todos los santos. Con una última mirada, Mustafá la fija en la memoria de su corazón; si hoy muere, su nombre será su última palabra. Y entonces sale, personaje de un sueño, a buscar la calle.

Su casa no tiene fachada y las viviendas contiguas se le echan tan encima que apenas le han dejado el espacio para la puerta. Esta tiene arriba un pretencioso aviso que dice en letras burdas «Interior 11». Rodeando la suya, hay otras diez casas en este laberinto, todas dándole las espaldas con sus muros traseros. Salta a la vista que en este vecindario faltó respeto, al despreciar a su vecino más famoso. Y faltó un maestro de obra para que tirara un hilo o pusiera la plomada. La puerta da a un sendero entre paredes estrechas, torcidas, con abigarrados ladrillos, que conducen a Mustafá a una vuelta y después a otra revuelta, hasta tomar otro sendero más largo con adoquines entre los charcos, que al cabo de unos sesenta pasos al fin lo saca a la puerta principal que da a la calle.

Mustafá se santigua. Su barrio no aparece en las listas de los sitios peligrosos de la ciudad que a veces publican las autoridades, pero su nombre está en boca de los taxistas que por nada del mundo harían hasta allí una carrera. Tal vez aquí nunca haya llegado un policía, y las calles destapadas no permitan que un taxi transite. En cada cuadra hay un expendio de basuco entre dos casas, y los consumidores hacen filas frente a ventanas siniestras, ansiosos como zombis. Allí mismo se han matado a puñal por un paquete, por una bazofia, por un viaje al territorio donde el hambre y el dolor no existen. Y Mustafá avanza, hasta meterse en medio de maleantes, jíbaros, drogadictos de esquina, campaneros, mirándolos entre desconfiado y desafiante, masculla algo, confiado en que esta vez tampoco van a atreverse con él (ni con su sombra, este cronista que se ha propuesto seguirlo hoy a todo riesgo). Ellos lo miran con la amenaza de siempre, matándolo y rematándolo con la mirada para no tener que matarlo con un cuchillo, o con un disparo. Cuando ya esta al otro lado del tumulto, lo acecha el dolor de la rodilla derecha, pero simplemente él pasa saliva, como si acabara de pasar la prueba del héroe: atravesó La Cueva de los Cuarenta Ladrones.

Un ángel en medio de la metrópoli

Los niños del barrio, casi todos con el padre en la tumba, en las drogas o en la cárcel, que viven en las calles expulsados de sus casas pero que aún no se deciden a abandonarlas, se restriegan los ojos creyendo que aún duermen. No se explican por qué tanto color en ese traje azul rey y amarillo encendido, ni por qué esos pantalones bombachos de satín, de dónde salió este turbante adornado con tan rara pluma, de dónde esa capa amarilla que la brisa eleva como

alas, de qué cielo cayó este señor, cómo es que no se ha embarrado sus zapatillas de bufón, para qué circo va. Mustafá parece un ángel viejo con mirada triste, tal vez por haber dejado el paraíso y caído de golpe y porrazo en un barrio pobre en el corazón de una ciudad latinoamericana.

En Bogotá ha vivido desde que mataron a Gaitán, pues él llegó sobre un carromato, sin un peso, hambriento y desarrapado, procedente de su natal Ibagué, a la capital todavía humeante y militarizada. Llegó preguntado por su hermana Margarita y cuando ella lo vio, hecho todo un hombre, de una vez lo presentó al Ejército. Seis meses estuvo de recluta en el Batallón Caldas de Villavicencio, hasta que las detonaciones con que se preparaba la tropa para perseguir al ya legendario guerrillero Guadalupe Salcedo le afectaron los oídos. El resto del servicio lo prestó como paciente en el viejo Hospital Militar de Bogotá que quedaba en el barrio San Cristóbal.

«A la edad de 20 años, con la vida por delante, un rosario de amarguras por detrás, medio sordo para siempre y con el alma hecha jirones, una junta médica lo declaró inválido y fue pensionado por las Fuerzas Armadas», escribió el cronista Guillén. No obstante, su lesión no fue obstáculo para que dos años después acudiera al llamamiento de las reservas que hizo el Gobierno Nacional para enviar tropas a la Guerra de Corea.

Ya más tranquilo, como si los niños que lo siguen le auguraran un mejor destino, sin echar un vistazo atrás por aquello de la estatua de sal, Mustafá llega al fin a la Séptima, que por estos lares ya ha perdido todos sus blasones. Atraviesa caminando el barrio Las Cruces, que un día pretendió ser de clase media y que hoy luce desvencijado, con paredes deslucidas y descascaradas, roto a pedazos, con vestigios todavía de El Bogotazo. Bien se nota que las administraciones de la ciudad todavía le cobran



a Las Cruces haber sido la cuna de Jorge Eliécer Gaitán, el político más importante del siglo XX en Colombia.

A paso de atleta concentrado, ni se ha dado cuenta de que los niños corren a su lado como hipnotizados por la magia. Es que cuando Mustafá sale disfrazado de su casa, ¿quién detiene a los huérfanos que se pegan a su ritmo? Como si él fuera un tren, como si fuera una locomotora que les contagia el movimiento, y ellos leves briznas atraídas por la magia de su traje y el ritmo apurado de sus pasos, van tras la promesa que anuncia este personaje que a alguna parte ha de llevarlos, así sea sólo a vencer el hambre o la desidia.

Mustafá siempre ha caminado. Especialmente cuando está trajeado como árabe, él es enemigo de los buses. Desde aquella mañana que descendió del carromato en la Estación de la Sabana y alguien le indicó dónde era el sector más comercial de la ciudad, empezó a construir ese estilo suyo de caminar rápido aunque no supiera para dónde, aunque aun hoy basta con mirarlo para sentir que siempre ha estado perdido. Avanza a ritmo sostenido las seis cuadras que lo separan del centro, y en minutos llega al Palacio Presidencial y al Capitolio. Su figura delgada envuelta en satines de colores brillantes atraviesa el territorio del poder, seguido por la mirada desconfiada de los soldados del Batallón Guardia Presidencial, que por un momento llegan a pensar que el disfrazado sea parte de una treta de enemigos perversos, pero que se desaniman de interrogarlo cuando lo ven seguido por un grupo de niños famélicos.

Mustafá llega al restaurante donde ofrece almuerzos y echa una mirada triunfal. A pesar de la competencia de otros payasos que lo acosan desde que se popularizó el oficio, aquí ha estado gritando durante los últimos cincuenta años. Primero telas, vestidos y bolígrafos imitación Parker, cuando los bogotanos estrenaban todo lo imaginable;

después, zapatos y sombreros; hoy, almuerzos de tres mil.

Ni su voz, ni su traje, ni su turbante lucen como un disfraz. Voz, hombre y traje han sido siempre uno solo. Porque a Mustafá le sucede lo que a muchos actores colombianos: que la compenetración con su personaje es total. A sus anuncios comenzó a salpicarles palabras que sonaban como árabes, y a quitarles las eses al resto. Así nunca nadie puso en duda que El Gran Mustafá fuera árabe. Y fue la atracción de la ciudad; más, con aquella parla intrincada que parece cantinflasca.

Mustafá se apropia de su territorio, que no comparte con nadie; prácticamente lo mide con sus zapatillas satinadas. Es la esquina de la Calle 12 con Octava, en pleno centro de la ciudad vieja, todavía salpicada con edificios republicanos, cuidada por las últimas administraciones que se esmeran en mantener vivo el pasado: es el Pasaje Hernández.

Más viejo que la guerrilla y más antiguo que la Televisora Nacional, de la que fue artista invitado en sus primeros años, Mustafá vuelve a gritar anuncios con su pico fino y con su voz quebrada pero todavía fuerte. Hoy anuncia el menú del día. El suyo es un estilo muy propio, muy seguro, picaresco, en el que todavía aflora el piropo fácil:

- Almuerzos, exquisitos almuerzos al alcance de su bolsillo y de su paladar... Adiós hermosa, como me la recetó el médico.

Su voz aun es capaz de penetrar el oído más fino y de llamar la atención de las bogotanas más guapas y robustas, las que a su vez lo miran sonrientes, como diciendo imírenlo, quien lo ve! Los niños que lo acompañaron desde su barrio lo miran absortos, tal vez admirados de lo que hace este ser escapado de un sueño, pero luego se dispersan, unos pidiendo monedas a los transeúntes, otros ingresando al pasaje a buscar los restaurantes para retacar a los clientes o pedir las sobras. Mustafá sigue incansable, a veces acompañando, como un pequeño duen-

de, a los comensales hasta la entrada del restaurante. Definitivamente, en este fin de milenio, Mustafá es la viva imagen de la ciudad vieja que se niega a morir y que lucha, aplaude y vocifera.

- Les habla Jesús María Liévano, más conocido como Mustafá, oriundo de Ibagué, la ciudad musical de Colombia.

Sus palabras suenan como una música distinta en el trajín bogotano. Con esa energía nadie adivina que Mustafá tiene tantos años, ni que los huesos le duelen en las noches, aunque la ciudad se haya acostumbrado a su colorida presencia desde cuando anunciaba las telas baratas de los turcos, o presentaba las figuras del Museo de Cera que estuvo en los sótanos de la Avenida Jiménez, entre Séptima y Octava, muchísimo antes de que Bogotá tuviera Transmilenio.

Mustafá sabe que su alma es pariente del Quijote y que su resistencia tiene sangre indígena. Al cinto lleva siempre no un arma sino una historia visual, que esgrime con audacia y altivo orgullo, y más brillosos se le ponen los ojos cafés de bravo indio pijao. Es un cartapacio con fotografías, algunas amarillentas y arrugadas en los bordes, con las que se podría contar la historia de Bogotá y de otras ciudades colombianas durante el último medio siglo; en ellas se adivina que practica un culto a sus

disfraces y a su propia personalidad, y que a mucho honor no ha sido más que la flor del trabajo. Suficiente testamento para dejarles a sus nietos y bisnietos, once y nueve, retoños de sus siete hijos.

Sus fotos: un tesoro para la ciudad

Por una hora de gritos y piropos le pagan cinco mil pesos y le dan el almuerzo, que él prefiere llevar en una bolsa para compartirlo con Ilía. Aún disfrazado, lo acompaño a una cafetería a tomar tinto y a mirar sus álbumes. Sus fotos son su mayor tesoro y, frente a cada una, él abruma con detalles. Dueño de una memoria que no han vencido los años, se sabe los nombres completos de cada uno de sus acompañantes.

Ahí las vemos: Mustafá como Alí Babá en medio de los Cuarenta Ladrones, que fue su papel estelar en los días iniciales de la televisión colombiana, y que él desempeñó con más altura y profesionalismo que cualquier protagonista de novela: el artista está al lado de una cámara gigantesca, con el logo de Inravisión, empotrada en un pedestal, como no se ha visto en ninguna exposición que acompañe la cele-

Mustafá también me contó de cuando era niño y se enamoró de Estrellita, la mejor artista del circo Ataire. Fue cuando se convirtió en polizón, siguiendo a su Estrella por el mar Caribe, en un barco que llevaba al Ataire a su país de origen, Rusia.

bración de los cincuenta años de la televisión nacional; Mustafá como pregonero de la Primera Feria de Pájaros Exóticos en 1964 en Medellín y después en Cali; Mustafá Encantador de Serpientes, tan genuino como cualquier hindú; Mustafá Gardelillo de América, en sus plenos treinta y con una sonrisa sobradora, cantando tangos en los radioteatros que florecieron en Bogotá en los años cincuenta; como un personaje olvidado de la galería de los hermanos Lumière, Mustafá aparece como un ser fantástico en otra fotografía en blanco y negro que saca de su fajín: está en el papel de Hipnotizador, dominando con su mirada a un particular, en un número de circo.

Y sigue señalando más fotos: Jesús María Liévano, reclutado para combatir en Corea; Liévano Jesús María, Veterano de la Guerra de Corea, donde, gracias a que estuvo en el Segundo Contingente de Enfermería corrió mejor suerte que otros seiscientos colombianos que murieron en combate.

- Yo no hice un solo disparo, compañero, trabajé todo el tiempo con la Cruz Roja, llevando las camillas de los heridos.

Mustafá Fakir en una urna de vidrio, sellada con cadenas y candados, y exhibido en una vitrina del centro de Bogotá. Su rostro es de una palidez imparable.

- Sabe qué le cuento, compañero, pero este es un secreto del oficio, es mejor que no lo cuente mucho. Yo duraba todo el día sin mover un músculo, respirando apenas, con el público encima; aguantaba hambre todo el día, pero en la noche el dueño del negocio se compadecía y me metía un pollo entero en la vitrina.

Mustafá Lector del Pensamiento a Corta y Larga Distancia, en una Feria Ganadera en Villavicencio en el 65.

- Escúcheme, compañero. Un día estaba disfrazado de chef ofreciendo almuerzos en el restaurante de la Carrera Octava número trece cuarenta y dos, cuando de un automóvil se bajó un caballero y me preguntó si yo era El Gran



Mustafá. Claro, le dije, el mismo que canta y baila. Y el hombre alborozado me abrazó, reconociéndome. Luego me dijo que yo, en una feria, le predije que su esposa iba a regresar a su hogar, y que la predicción se cumplió al pie de la letra.

Mustafá también me contó de cuando era niño y se enamoró de Estrellita, la mejor artista del circo Ataire. Fue cuando se convirtió en polizón, siguiendo a su Estrella por el mar Caribe, en un barco que llevaba al Ataire a su país de origen, Rusia. Aquí descubro que Mustafá cambia en un segundo su semblante y que llora con pena pero sin vergüenza. Entonces se sobrepone al dolor del recuerdo, saca un arrugado pañuelo y cuenta que cuando tenía 16 años se subió en el barco que estaba anclado en Buenaventura. El circo se había presentado con mucho éxito en Ibagué, Cali y otras poblaciones del Valle en el 44, con un elenco del que hacían parte varios elefantes, camellos y un tigre de bengala. Estrellita era la bastonera.

Desde que en Ibagué quedó flechado por la magia del circo (y por la belleza y simpatía de Estrellita), el joven Jesús María lo dejó todo por seguirlos. Después de rogar que lo llevaran como aprendiz del domador de los animales, fue aceptado en condición de polizón, pero tenía que no dejarse ver del capitán del barco. Escondido, ni siquiera se acuerda que pasaron las esclusas del Canal de Panamá. La dicha le duró hasta Puerto Príncipe, en el Caribe, donde una requisita general de la nave hecha por las autoridades locales lo sacó de su guarida. Entre lágrimas se despidió de su sueño, y sin atenuantes y en lengua francesa fue deportado a su país de origen. Él regresó, pero su alma se fue en ese barco. De ese amor frustrado le quedó la mirada ida y el semblante nostálgico, que después le vino como al dedillo para su papel de árabe inmigrante.

Tenía el Cristo de espaldas, le dijo al cronista Gabriel Cabrera, en *El Nuevo Siglo*, en 1989.

Pero ahí no termina la historia. Ya en Colombia, dos meses después de su regreso, leyó en un periódico que aquel barco había naufragado en las aguas del Mar Negro, poco antes de su arribo al país ruso. Y lo que había sentido como signo de su infortunio se convirtió en extraño milagro, pues era el único sobreviviente.

- Se ahogaron las jirafas, los elefantes, los camellos, el tigre y todo el elenco de artistas, Estrellita también, compañero, y me dejaron sufriendo hasta que el cuerpo aguante -dice, comiéndose las eses, compungido, cansado de llevar ese dolor a cuestas.

Otras lágrimas le vi cuando habló de su mamá Anunciación, señalándola en las fotos, a la que trajo de Ibagué y de quien se convirtió en único sostén hasta su muerte en el 68.

Pasa la página del álbum y la imagen lo mete en otra historia: Mustafá Actor de Teatro en los años cincuenta en Bogotá, al lado de los pioneros, Mario Sastre y Jaime Osorio. Era el montaje teatral de «El Mártir del Gólgota». Con

la compañía del español Doroteo Martí, que «La Última Cena», Mustafá también recogió aplausos de su querido público en los teatros Colombia y Faenza.

Terminada la tertulia, Mustafá recoge sus fotos, se despide y se prepara para revivir su propia paradoja: emprende con cara lánguida el regreso a pie hasta su casa. Será otra vez Alí Babá atravesando la Cueva de los Cuarenta Ladrones.

Nuevos encuentros

Después de mi primera visita a su casa, lo volví a ver trabajando frente a una pescadería del barrio Restrepo en agosto de 2001. Su voz estaba gastada, la nariz y la barbilla se destacaban más en su rostro, y su cuerpo se adivinaba enjuto en el traje de colores. Pero seguía llamando la atención de los transeúntes gesticulando y haciendo amplios movimientos con sus brazos.

Para volver a visitarlo un domingo de julio de 2004, volví a citarme con su esposa en el atrio de la iglesia de Las Cruces, pues a su casa no es posible llegar sin una compañía que sea del barrio. Yo no sé pronunciar las palabras mágicas que le salvan la vida cada vez que atraviesa la Cueva de los Cuarenta Ladrones, aquel laberinto de violencia y drogas, similar al de la película brasileña *Ciudad de Dios*, donde hasta los niños de tres años (quizá los hijos de los basuqueros que vi en la primera visita a su casa en el 98) son usados como campaneros. Un submundo que no se merece el pionero de los pregoneros, ni los niños que allí crecen y que ya no verán a un ángel que camina sin embarrarse en los lodazales.

Mustafá acaba de cumplir 76 años y la vida le ha cobrado sus esfuerzos. También acaba de ser operado de cataratas y su vista no es buena. La rodilla derecha al fin dejó de flexionarse, y caminar ya es un sacrificio. Tiene la piel

despercudida, que deja ver que no era tan moreno. Su insistencia en que se le haga una campaña para acabar de construir su casa ya parece un delirio, pero es absolutamente razonable.

La vida da muchas vueltas y Mustafá ha dado muchas vueltas con la vida. Él vive con su harén, conformado por la inseparable Ilia, sus hijas menores, sus nueras, nietos y bisnietos, pero las últimas generaciones desconocen la historia del pregonero. Pregunté por los trajes de Mustafá y su esposa dijo que al fin botó esa viejera, pues desde el 2002 ningún comerciante volvió a llamarlo.

Sus colegas en la calle le dan el título de «Pionero de los Payasos», no sólo por su experiencia y edad sino porque él no dudaba en salir en los medios para defender el derecho al tra-

bajo, cuando algún alcalde prohibía usar megáfono. Aunque su lugar de residencia siempre fue Bogotá, en los momentos más duros de la Violencia recorrió el país, inaugurando las ferias y las fiestas dondequiera que éstas se presentaran, llevando con su personaje un motivo de alegría a los colombianos. A la hora de hacer un balance de los oficios que emprendió el hombre colombiano para enfrentar el abandono de un Estado inexistente, el nombre de Mustafá brillará como sus trajes en la memoria del país popular. Él sabe y se siente orgulloso de haber sido el primero en lanzar la palabra al aire para vender algo en esta metrópoli latinoamericana, que ya llega a los ocho millones de habitantes y que, retocada por las últimas administraciones, tan fácil olvida a sus pioneros. **BU**